

La subjetividad militante y el régimen de la Revolución Cubana

El caso Padilla y el principio del final de la conciencia revolucionaria

Leonardo Eiff

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina)

Recibido: 12 de marzo de 2024 / Aceptado: 30 de abril de 2024

DOI: <https://doi.org/10.62174/rs.9532>

Resumen

El siguiente artículo aborda una de las figuras cruciales de la política durante el pasado siglo: la subjetividad militante. Y lo aborda indagando su configuración latinoamericana a partir de uno de sus acontecimientos emblemáticos: la Revolución Cubana. En rigor, el artículo rastrea los problemas y desafíos que enfrentó tal figura tras la consolidación del régimen político de la Revolución, siguiendo las derivas del caso Padilla y su impacto en la conciencia revolucionaria latinoamericana.

Palabras clave: subjetividad; revolución; régimen político.

Abstract

The following article addresses one of the crucial figures of politics during the last century: militant subjectivity. And he approaches it by investigating its Latin American configuration based on one of its emblematic events: the Cuban Revolution. Strictly speaking, the article traces the problems and challenges that such a figure faced after the consolidation of the political regime of the Revolution, following the drift of the Padilla case and its impact on Latin American revolutionary consciousness.

Keywords: subjetividade; revolução; regime político.

Resumo

O artigo a seguir aborda uma das figuras cruciais da política do século passado: a subjetividade militante. E aborda-o investigando a sua configuração latino-americana a partir de um dos seus acontecimentos emblemáticos: a Revolução Cubana. A rigor, o artigo traça os problemas e desafios que tal figura enfrentou após a consolidação do regime político da Revolução, acompanhando a deriva do caso Padilla e seu impacto na consciência revolucionária latino-americana.

Palavras-chave: subjetividade; revolução; regime político.

Introducción: singularidad cubana

Durante el Siglo XX emergió, se desarrolló y finalmente caducó, un tipo peculiar de *subjetividad* que mentamos como *militante*. La onda expansiva de la Revolución Rusa prohió tal figura –la subjetividad militante–, desde el revolucionario profesional leninista hasta el guerrillero guevarista. En su ensayo *El siglo*, Alain Badiou (2005) indagó tal subjetividad como marca distintiva de la política en la era de las masas, bajo el impulso de una *pasión por lo real*. La revolución dejaba de ser resultado de un proceso –en el sentido de las teleologías decimonónicas– para comprenderse según la lógica del salto: la revolución aquí y ahora. De allí el prestigio de la voluntad militante. Se trataba de provocar la revolución, no de esperar su arribo de acuerdo con leyes históricas objetivas; pasar al acto, a lo real, sin garantías, salvo el voluntarismo de una subjetividad dispuesta. En lo que sigue, proponemos rastrear las derivas de la subjetividad militante en América latina a partir del magma que significó el triunfo de la Revolución Cubana. Pero no nos centraremos en el hecho revolucionario propiamente dicho sino en el “después” de la revolución victoriosa, es decir, en los vericuetos de la subjetividad militante en el régimen de la revolución. Para ello, retomaremos el paradigmático “caso Padilla”, aunque no desde la historia cultural o la historia intelectual sino desde el visor que nos ofrece –en tanto cuestión filosófico-política– el derrotero de semejante subjetividad. El “caso Padilla” fue un parteaguas no solo para la familia intelectual latinoamericana (Gilman, 2003) sino para el núcleo de verdad histórica de la militancia, pues se volvieron notables sus impensados. Escribe Nicolás Casullo:

Porque en la intrincada selva de signos que despertó el caso Padilla, emerge especialmente una subjetividad militante que sintió tambalear su propio apostolado en aquello mismo que las programáticas de las vanguardias políticas y estéticas destinaron al optimismo histórico (Casullo, 2007, 285).

¿Qué entendemos por subjetividad militante? Siguiendo el trabajo de Elías Palti sobre la arqueología de lo político (Palti, 2018), precisamos, por un lado, su irrupción histórica en el siglo XX como resultado de la serie de rupturas respecto a las condiciones de inteligibilidad que se habían desarrollado en el siglo anterior (la unidad entre conocimiento, verdad, sociedad y política), centralmente la disolución de la certidumbre acerca del curso de la historia, por el otro, la emergencia de un sujeto que se da su propia forma. La subjetividad militante emerge en un contexto histórico en el que la política se convirtió en tragedia. “La empresa revolucionaria se convierte en una autoafirmación subjetiva: es el mismo sujeto, se piensa ahora, el que construye la historia, le provee un sentido y la orienta hacia él” (Palti, 2018, 193). La Historia ya no ofrece garantías; es el territorio, eso sí, dónde se disputa su verdad. A la subjetividad militante le cabe forzar el rumbo de la historia. “Es el

siglo del acto, de lo efectivo, del presente absoluto, y no el siglo del anuncio y el porvenir” (Badiou, 2005, 83). Así, “el sujeto se convierte, a su vez, en el significante que designará esta operación desprendida de toda legalidad, cubriendo bajo su espectro el terreno completo de lo político. El “sujeto” y lo “político” habrán de identificarse mutuamente” (Palti, 2018, 195). Por lo tanto, la subjetividad militante no está presa de la Historia ni de sueños utópicos o de ideologías falansterianas; su ejercicio político –inseparable de la existencia– sucede plenamente en la apuesta y en la pugna por efectivizarse. La subjetividad militante tiene una relación de exceso respecto a toda objetividad histórica; ella es idéntica a la verdad, cuyo efecto debe probarse en la historia entendida como historia de luchas entre voluntades contrapuestas (por ello fue tan medular la consigna leninista: *convertir la guerra imperialista en guerra civil*). El sentido de su acción es tan totalizante como frágil, pues es indistinguible del reto a la “realidad” tal como es. La dialéctica histórica deviene aventura. La subjetividad militante está vacía o, y es lo mismo, es pura construcción. Durante el pasado siglo constituyó la forma –más extrema y excelsa– que adoptó lo político.

Establecidas las coordenadas de intelección del fenómeno de la subjetividad militante, propongo, para terminar de introducirnos en nuestra problemática, una aproximación a la singularidad cubana en el panorama de América latina, que, a su vez, comience a despuntar nuestro itinerario.

Ángel Rama (2008), en su *Diario de exilio (1974-1983)*, vuelve una y otra vez a la *cuestión cubana*, sobre todo, por supuesto, en sus aspectos culturales. Le preocupa la suerte de escritores, como Reinaldo Arenas, que durante la década del 70 fueron marginados, puestos en prisión o transformados en marionetas de la seguridad del Estado. Es una indagación tristísima, que no cesa en la exploración de matices. Por un lado, la aparición en Venezuela, donde reside exiliado Rama, de un Fernández Retamar espectral, enarbolando el lenguaje burocrático del poder; por el otro, la creación del Ministerio de Cultura en 1976, *que mejoró algo las cosas*. Con su creación se puso fin a la militarización de la cultura y los escritores recuperaron el derecho de criticar libremente una obra literaria, aunque, al igual que el resto del pueblo cubano, continúan sin poder discutir los problemas políticos, económicos y sociales que aquejan al país. No obstante: “La revolución en las puertas del Imperio tenía un heroísmo y una verdad, había luchado a favor de tantas cosas por las que creo en nuestra América Latina, que parecía injusto hablar del error en que se había entrado” (Rama, 2008, 193). La crítica desde adentro era imposible y desde afuera, injusta. Es que, concluye Rama, “sigue sin resolverse el problema de la democracia socialista” (196). La verdad de la Revolución procedía de su *negatividad* –de lo que negaba: el imperialismo, la explotación–, pero, frente a la *negación de la negación*, ganaba la perplejidad, la ingenua o cínica confianza en los dirigentes revolucionarios, matices esgrimidos

como coartada, que redundaban en un sistema de pensamiento apofático –materializado en el abuso de conectores de negación– que evita asir los principios políticos de un régimen inaudito. Pero hay una complejidad aún mayor, que soslayan quienes pliegan sin más a la Revolución Cubana con los regímenes de dominación total (Hilb, 2010), y se desprende de la *verdad* evocada por Rama, articuladora de la política y la cultura, de la “tradicción” latinoamericana, que atisbó tempranamente Martínez Estrada (1965), y Fernández Retamar quiso cifrar, a favor del Estado revolucionario y su liderazgo, con la figura de *Calibán* (2000): la búsqueda de la singularidad latinoamericana. Desde el ensayo, en su versión sofisticada (Pedro Ureña, Alfonso Reyes, Lezama Lima, Martínez Estrada, José Arguedas, Darcy Ribeiro, Roberto Schwarz, Ángel Rama, José Aricó, Zavaleta Mercado, Cornejo Polar, Aníbal Quijano, etcétera), en versión vulgar, cuya emblema es Eduardo Galeano, o virulentamente ideológicas, como la antes citada de Fernández Retamar, hasta investigaciones universitarias, teóricamente renovadas y munidas con buenas dosis de conjuros antiesencialistas, la búsqueda persiste. Desde ese ángulo, el entresijo con la Revolución Cubana es indubitable. Apenas mentamos el acervo conceptual latinoamericano: *civilización/barbarie, transculturación, contrapunteo, Ariel/Calibán, antropofagia, traducción, centro/periferia, dependencia, barroco y neobarroco, abigarramiento, expresión americana, cosmopolitismo/criollismo/indigenismo*, cuya estructuración polar connota los rasgos crispados de la “realidad latinoamericana”, la ineludible referencia a los núcleos dominantes de la civilización, aunque también el uso intersticial de los deícticos de lugar, constitutivos de la “identidad”, o de la “invención”, latinoamericana, incluso para destabicar la historia continental narrada nacionalmente, no muy difícilmente pueden estirarse hasta capturar el sentido profundo de la Revolución Cubana, su fondo común o su linaje latinoamericanista, más allá de sus momentos, para esta perspectiva necesariamente ocasionales, lúgubres. La dificultad cubana, o su particularidad, proviene, entonces, de su enquistarse en el núcleo irredento de los *ensayos* latinoamericanos. No hay duda de que, en sus años solares, la Revolución creyó dar con las respuestas, o al menos con una clarificación de la orientación de la lucha, sus vanguardias, métodos y estrategias, que ya hace tiempo se han derrumbado. La singularidad de la Revolución Cubana ya no puede ser la del sendero, el camino martiano al socialismo, de unidad de la patria grande, como lo creyó Martínez Estrada en su *experiencia cubana* (1965), sino la de un conjunto agrietado de preguntas, cuya cifra reenvía a las *invariantes histórico-conceptuales* latinoamericanas, entre las que no se puede omitir el intento de moldear una sociedad desde el vértice de un poder que reclama la totalidad del saber.

El caso y el sujeto

La conformación del régimen de la Revolución Cubana inmediatamente disparó la pregunta por la relación con el antecedente soviético: ¿qué mirar en el espejo soviético: un pasado que no debe repetirse o el futuro posible para la sociedad que surgía de la revolución? La pregunta lleva implícita una respuesta a cargo de la subjetividad militante: la revolución triunfa tres años después del XX Congreso del PCUS, y su producción simbólica, gracias a su autonomía política, carece de vínculos con la mentalidad soviética. Y esa autonomía cifró la posibilidad de otra forja, que podemos leer, en su faceta dilemática, en una novela de José Revueltas –de la época de la Revolución Cubana y de su última ruptura con el PCM–, donde dialogan y monologan militantes comunistas ante el abismo de sus existencias arrojadas, acaso con mayor pericia literaria que las novelas políticas del existencialismo francés:

Sobre nosotros, los comunistas verdaderos –miembros o no del partido–, descansará la terrible, la abrumadora tarea de ser los que coloquen a la historia frente a la disyuntiva de decidir si esta época, este siglo lleno de perplejidades, será designado como el siglo de los Procesos de Moscú o como el siglo de la Revolución de Octubre (Revueltas, 2014, 225).

La abrumadora tarea de la subjetividad militante tuvo su escenificación, en el *theatrum mundi* de la Revolución, en el dramáticamente célebre caso Padilla, cuya interpretación es decisiva en las historias de la relación entre intelectuales y política (Gilman, 2003, Rojas, 2006, Fronet, 2013). En lo que sigue, como ya señalamos, y a pesar de tomar como fuente textual las discusiones alrededor del caso Padilla en dos revistas muy significativas para la cultura de izquierda de la época (*Cuadernos de Marcha*, N° 49, mayo 1971; *Los Libros*, N° 20, junio 1971), haremos hincapié menos en la dimensión intelectual propiamente dicha –con su deriva teórica hacia la noción de *campo intelectual*– que en el problema de la subjetividad militante en la revolución triunfante.

El 20 de marzo de 1971 Padilla y su esposa, la artista Belkis Cuza, son detenidos en La Habana acusados de contrarrevolucionarios. El presidio dura un mes y tiene amplia repercusión internacional. La familia político-intelectual, que apoyaba sin fisuras a la Revolución, comenzó a fracturarse (Gilman, 2003). Las izquierdas quedaron pasmadas ante el suceso que las obligaba a optar por la fidelidad a la Revolución o por la ruptura, pues, tras ello, todas las esferas del poder cubano pusieron en entredicho *el hilo rojo de la subjetividad militante*. En otros términos: las condiciones de posibilidad de la política de *la nueva izquierda* parecían sufrir un cambio en el régimen de sentido que hizo de Cuba *la patria del intelectual y del militante revolucionario latinoamericano*. Repongamos, brevemente, el contexto cubano a comienzos de los 70.

En ese tiempo una serie de sucesos habían tensado al régimen de la Revolución, a saber: 1) el asesinato de Guevara en octubre de 1967. La guerrilla en Bolivia agravó el aislamiento internacional de la isla, hizo recrudescer el bloque norteamericano y afectó las relaciones con la URSS, cuya política internacional vetaba las estrategias insurreccionales. 2) En 1968 se lanzó la llamada “ofensiva revolucionaria”, que dio lugar a un nuevo ciclo de nacionalizaciones que alcanzaron el pequeño comercio, la pequeña parcela campesina, negocios familiares, venta ambulante; el control estatal de la economía fue completo. Junto a ello, se movilizó a la población, convertida en fuerza laboral total bajo consignas morales (los guevaristas “estímulos morales” por sobre los “estímulos materiales”). 3) El gobierno cubano apoyó la invasión soviética a Checoslovaquia. En su discurso, Fidel arguyó que, si bien la postura contrariaba los principios de la Revolución, el realismo de la guerra fría otorgaba el derecho a la Unión Soviética de impedir por la fuerza que un país del campo socialista pasara al campo del imperialismo. 4) En 1970 se intentó revertir la caída de la producción azucarera con una epopeya productiva, “la zafra de los diez millones”, que reunió en los ingenios y en el corte de caña a la casi totalidad de la masa trabajadora, provocando no pocos desbarajustes en el resto del aparato productivo. La cifra no fue alcanzada, y Fidel ofreció un agónico discurso autoinculpatorio, que marcó el fin del “período utópico” de la Revolución y el inicio de una duradera estabilización a partir de la incorporación de los esquemas soviéticos para administración de la economía. En el contexto específicamente intelectual asistimos al fin de la tolerancia respecto a diversas experimentaciones estéticas y políticas. En medio del presidio y la autocrítica de Padilla se inauguró el primer Congreso Cubano de la Educación y la Cultura que impugnó la figura misma del intelectual, condenó la autonomía artística (“el diversionismo ideológico”) y encaró la soviétización de la cultura bajo la universalización de la enseñanza del marxismo leninismo. El discurso pronunciado por Fidel ante el pleno del Congreso, donde llamó “canallas”, “ratas”, “descarados” a los intelectuales que mostraron preocupación por la suerte de Padilla, cortó de raíz el vínculo privilegiado que la dirección cubana había cultivado con la cultura de izquierda crítica de los consensos soviéticos. Fidel vociferó que se había convertido en una moda, en los cenáculos europeos, apoyar desde afuera a la Revolución Cubana; pero desde el momento en que la Revolución comenzó a encontrar dificultades, desde el momento en que la situación, gracias a la agudización del cerco imperialista, se tornó más y más compleja, los intelectuales de izquierda le dieron la espalda a la Revolución. En ese contexto, en el que la Revolución lucha por sobrevivir, a Fidel, la figura del intelectual como conciencia crítica, le parece una frivolidad; una pose, tan torpe como peligrosa. En este sentido, la mentada *conciencia crítica*, como adjetiva Padilla en su autocrítica (seguramente “inspirada” en el nuevo rumbo de la Revolución), es mera petulancia. El intelectual es un vanidoso, un narciso

enamorado de sus palabras, un propalador de escepticismo, una sensibilidad en pánico, que, en el momento decisivo, retira el cuerpo de la Historia. Así las cosas, la concepción cultural trazada en el discurso fidelista, que retoma no pocas ideas de Lenin, y también la exaltación polémica de la RAPP contra la vanguardia en los años 20 soviéticos, concibe la tarea intelectual como un engranaje en la construcción, mediante la escolarización masiva y la fusión entre producción y conocimiento científico, de la sociedad socialista. Cualquier objeción o matiz corresponde a intelectuales ociosos o melindrosos. Ejemplo de ello es la invectiva del Rector de la Universidad de La Habana, Miyar Barruecos, frente a un impávido Jorge Edwards: “Nosotros en Cuba no necesitamos críticos. Criticar es muy fácil. Cualquier cosa puede ser criticada. Lo difícil es realizar una obra, formar un país. Eso es lo que necesitamos: realizadores, constructores de la sociedad” (Edwards, 1975, 321). Lisandro Otero –escritor y funcionario– es el encargado de redactar el informe final del Congreso de Cultura, que publicaron *Los Libros* y *Marcha*, junto al citado discurso de Fidel y la autocrítica de Padilla. Leamos la resolución del Congreso *sobre sexualidad*:

Respecto a las desviaciones homosexuales se definió su carácter de patología social. Quedó claro el principio militante de rechazar y no admitir en forma alguna estas manifestaciones ni su propagación destacándose, sin embargo, que sería el estudio, la investigación y el análisis profundo de este complejo problema lo que determinaría siempre las medidas a toma.

Se trata de momentos conocidos del derrotero de la Revolución Cubana, que citamos menos para “refrescar” la memoria que para interrogarnos por los efectos y reacciones en los lectores de revistas –donde se publicaban informes como el de Otero sin comentarios, pues, al parecer, las discusiones decisivas eran otras– que luchaban, según sus principios declarativos, contra todas las formas de opresión. Tanto el presidio de Padilla como su posterior autocrítica resonaron en el mundo intelectual bajo la forma de cartas, con firmas de resonancia internacional, y sus correspondientes respuestas.¹ Las dos cartas de los intelectuales, de probado

¹ Transcribo algunos fragmentos de las cartas, pues luego aludiremos a ellas. *Primera carta*: “Los abajo firmantes, solidarios con los principios y objetivos de la Revolución Cubana, le dirigimos la presente para expresar nuestra inquietud por el encarcelamiento del poeta y escritor Heberto Padilla y pedirle reexamine la situación que este arresto ha creado. Como el gobierno cubano hasta el momento no ha proporcionado información sobre el arresto, tememos la reaparición de una tendencia sectaria (...) El uso de medidas represivas contra intelectuales y escritores quienes han ejercido el derecho de crítica dentro de la revolución puede únicamente tener repercusiones sumamente negativas entre las fuerzas antiimperialistas del mundo entero”. *Segunda carta*: “Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla sólo puede haberse obtenido con métodos con son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias (...) Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución Cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitar a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el stalinismo en los países socialistas (...) El desprecio a la dignidad humana

apoyo a la Revolución, verbalizan un temor –la irrupción del stalinismo en el socialismo insular– que parece confirmarse con la secuencia del encarcelamiento de Padilla, la autocrítica, la forma y contenido del discurso de Fidel en el Congreso de Cultura. Sin embargo, Rodolfo Walsh responde desde *Marcha*: los intelectuales europeos ven stalinismo en el discurso agresivo de Fidel, pero, en realidad, es una paráfrasis de un lapidario discurso de Martí en una situación similar. Además, la ofuscación por el presidio de un poeta contrasta con las represiones letales en varios países de América Latina y con el desinterés europeo: *Les Temps Modernes* se negó a publicar la información sobre los fusilamientos en José León Suárez, dice Walsh, enfatizando, con su propia experiencia, la ruptura con el sartrismo, que, de refilón, valida el programa de la dirección cubana: el militante revolucionario como etapa superior del intelectual comprometido. La reacción de Walsh² ante la segunda carta reafirma su propio itinerario –“anti-viñesco”–, anticipado a Ricardo Piglia en una conocida entrevista en 1970: el límite político del intelectual comprometido coincide con el límite histórico-literario de la escritura novelesca (burguesa), que debe reemplazarse por una escritura más moderna y más política: la del periodismo de investigación y denuncia (Walsh, 2013, 507-16). De Francia llegan cartas y también llegan tanques, aviones Mirage y helicópteros antiguerrilla, concluye Walsh, su acre respuesta a los intelectuales europeos y latinoamericanos peticionantes. En suma, Walsh razona en línea con la dirección cubana: la crítica desde el exterior es una frivolidad, el *stalinismo* es un mero *amuleto verbal* para intelectuales que desconocen la historia viva de América latina y soslayan el contexto bélico en el que se desarrolla la Revolución. Como sea, el discurso de Fidel, la autocrítica de Padilla, las conclusiones del Congreso, el informe de Otero, argumentos como los del rector, desencadenaron un intenso debate, que, de acuerdo con nuestra perspectiva –*la de la subjetividad militante*– cabe condensaran en tres posiciones.

Las tres posiciones son, obviamente, zonas de un espacio, el de la adhesión a la Revolución Cubana, que transitó desde una óptica cerca/lejos a un crispado

que supone forzar a un hombre a acusarse de las peores traiciones y vilezas no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano –campesino, obrero, técnico o intelectual– pueda ser también víctima de una violencia y una humillación parecidas, quisiéramos que la Revolución Cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo”. Entre las renombradas plumas firmantes, consignamos: Simone de Beauvoir, Italo Calvino, Fernando Claudin, Tamara Deutscher, Marguerite Duras, Giulio Einaudi, Hans Enzensberger, Carlos Franqui, Carlos Fuentes, Juan Goystisolo, Michel Leiris, Lucio Magri, Dionys Mascolo, Istvan Meszaris, Ray Miliban, Carlos Monsivais, Alberto Moravia, Maurice Nadeau, José Emilio Pacheco, Pier Paolo Pasolini, Alain Resnais, José Revueltas, Rossana Rosanda, Claude Roy, Juan Rulfo, Nathalie Sarraute, Jean-Paul Sartre, Jorge Semprún, Susan Sontag, Mario Vargas Llosa. Julio Cortázar y Gabriel García Márquez, firmaron la primera carta, no la segunda.

² Vale decir que Walsh (1969), en el prólogo a una antología de la literatura cubana a diez años de la Revolución por él seleccionada, pondera la libertad estética, la crítica intelectual, el antagonismo de escritos como “Palabras a los intelectuales” o “El socialismo y el hombre en Cuba” respecto al realismo socialista de corte staliniano, elogia la poesía de Padilla y la experimentación formal de Reinaldo Arenas.

adentro/afuera.³ Como señalamos, la apelación a la Historia, a las masas revolucionarias que la transforman, es menos una certeza que una apuesta. La aventura de un involucramiento. En todo caso, no se trataba de poner el sillón en el sentido de la Historia (como protestaba Camus contra sus críticos sartreanos), sino de hacer de la Historia *mi historia*. En la editorial de *Los libros* leemos: “Cuba es mi historia”.

La primera posición está condensada en la segunda carta de protesta de los intelectuales, que reacciona ante la autocrítica pública del poeta elevando el tono. En la misiva señalan un peligroso desvío de la Revolución Cubana hacia el stalinismo. En *Humanismo y terror*, Merleau-Ponty (1947) indagaba los procesos de Moscú desde la ambigüedad de la historia. El acusado Bujarin y el fiscal Vychinski debatían como marxistas, según Merleau-Ponty, sobre el decurso de la Historia. En 1971, tras 15 años de desestalinización del movimiento comunista mundial, la validez de cualquier construcción socialista se mide por la distancia con las prácticas del stalinismo. Sin embargo, el camino stalinista –acaso no los simples y atroces crímenes de masas, pero sí los espirales represivos que liquidaban todo “espíritu crítico” – estaba siempre latente; incluso cierto pesimismo del lado de la dirección cubana, y los discursos de Castro parecen corroborarlo, que acaso intuía como inevitable la fase stalinista de la Revolución entendida como radicalización podadora de las raíces de la vieja sociedad. Por eso, del lado de los intelectuales firmantes, era imperioso intervenir para advertir sobre las derivas funestas que acarrearía resignarse a emprender ese camino. Los intelectuales críticos de las medidas policiales del gobierno revolucionario dirigidas contra otros intelectuales (difícilmente encontremos cartas de ese tenor para protestar contra la detención de sujetos anónimos de origen popular), habitan un *afuera interior* (un *adentroafuera*), que en jerga epocal se escribe: “apoyo crítico”, apuntalado, como sostiene Rama en su *Diario* antes citado, en la distinción entre la *Revolución* y los *errores de la revolución*. Vivir fuera de la isla exime a los intelectuales de las consecuencias concretas de su crítica, descontadas las censuras simbólicas propias de la lucha dentro del campo intelectual, que, en este caso, no funcionan, puesto que los firmantes son reconocidos hombres de izquierda, cuya adhesión a la revolución no tuvo fisuras hasta el caso. Tras su irrupción, la gramática del “apoyo crítico”, o el vaivén dialéctico, entre la militancia y la autonomía, quedó estropeado. Y el espacio *adentroafuera* se convirtió en *afuera/afuera*. Ya no existe el imaginario compartido tramado en el vínculo afectivo con la Revolución y la dirección cubana, más allá de las obras y los lugares de residencia (aunque para aceitar la hermandad fue fundamental el viaje a la isla, promovido enfáticamente por el espacio institucional *Casa de las Américas*);

³ Como consignamos, nuestras fuentes serán el N° 20 de *Los libros* y el 49 de *Los cuadernos de Marcha* consagradas a debatir el caso Padilla.

ahora, en cambio, vivir en Europa (los escritores del *Boom*, por ejemplo, residían, mayoritariamente, allí) y criticar desde lejos invalidaba *per se* las posiciones, y las voces que las empuñaban. Las volvían automáticamente abstractas, ahistóricas, moralistas, o directamente imbuidas del liberalismo burgués predominante en su medio ambiente cultural. La dirección cubana, al sumar a un espectro no desdeñable de los intelectuales de izquierda al campo imperialista, eliminaba los matices, que la subjetividad militante, en su faceta más intelectual, pretendía conservar como su bien esencial, obligándolos a optar entre la adhesión (subordinación simbólica, solidaria con la real de sus cofrades cubanos) o la ruptura.

La segunda posición es una exacerbación de la frontera *interior / exterior* que redundaba en un espacio *interior / interior*. Haydée Santamaría le contesta a Vargas Llosa: Padilla fue encarcelado por contrarrevolucionario, no por escritor. Como el propio Padilla reconoció en su autocrítica, agrega Santamaría. Vargas Llosa había dramatizado su protesta renunciando al comité editorial de la revista de la *Casa de las Américas*. Santamaría le reprocha que sume su voz a la de los enemigos de la revolución; una revolución bajo asedio, a 90 millas del Imperio, con los enemigos internos de rigor en todo proceso revolucionario, *debe defenderse tenazmente o morir*. Lo que está en juego, entonces, es el derecho soberano de la revolución a ejercer violencia para conservar su autonomía. Es una violencia que se solapa con la contra violencia, puesto que responde a la violencia originaria del Imperio que pretende ahogarla y hacerla perecer. Por eso, es crucial recordar en todo momento el carácter de plaza sitiada de la Revolución. En ese contexto, cuya excepcionalidad es remarcada una y otra vez por la dirección cubana, los lugares sociales son móviles, y un poeta puede convertirse en contrarrevolucionario. Es lo que no comprenden los intelectuales “de afuera”. No comprenden la excepcionalidad. Juzgan desde una supuesta legalidad socialista violada, que, en rigor, es la normatividad burguesa que desconoce la singularidad revolucionaria. *La subjetividad militante vive lo político como excepcionalidad*. De ese modo articula violencia y responsabilidad (y se asemeja, sin duda, a la figura del soberano teorizada por Schmitt en su *Teología política*). El momento soberano de la Revolución, el ejercicio de la violencia legitimado como contra violencia defensiva, a pesar de que recurra a las herramientas clásicas de los estados totales, conserva el elemento subjetivo militante a condición de expulsar su lado intelectual (articulación crítica-emancipación). El nuevo espacio fusiona un *nosotros* capaz de detectar disonancias y expulsarlas: el enemigo interior es desenmascarado y exteriorizado. El espacio de la revolución refuerza su interior. Punto sublime de la subjetividad militante, que, según la dirección cubana, sostiene e impulsa la Revolución; y, según el Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica* (1960), fraterniza al grupo aterrizando al traidor potencial. No hay

fraternidad revolucionaria sin terror revolucionario. *Calibán* de Fernández Retamar (2000) y el libro de poemas *Fuera de juego* de Heberto Padilla (1968) son ejemplos paradigmáticos, cara y cruz, de la relación crucial entre fraternidad y terror.

La tercera postura procura sortear las dos anteriores, con sus derivaciones, puesto que reponen *loci* clásicos: el intelectual crítico (firmador de manifiestos), el poeta-Diógenes frente al emperador tiránico (un poema de *Fuera de juego* se titula “Cantan los nuevos césares”), o la aflicción intelectual, conciencia culposa, que opta por su disolución en favor de quienes saben cómo discurre la Historia. El editorial de *Los libros*, “Puntos de partida para una discusión”⁴, problematiza, como Cortázar, el lugar de enunciación; pero, a diferencia del escritor argentino radicado en París, ensaya una teorización marxista capaz de asir la nueva situación que se desarrolla en la isla revolucionaria: “Una nueva definición del intelectual desde un pensamiento revolucionario, pasa por la crítica de las posiciones anteriores. Por un lado, es preciso destruir la idea de la función mesiánica del intelectual; por otro lado, negar la desaparición de toda especificidad”. La nueva definición exige despojarse de los moralismos ahistóricos que cunden en la vida intelectual en tanto depositaria de la verdad, como también –diálogo implícito con la dirección cubana– evitar un uso oportunista del apoyo intelectual soslayando las convicciones políticas de los escritores (digo “escritores” porque creo que se alude al grupo del *Boom*). Despojarse quiere decir encontrar una forma de militancia que, sin negar la especificidad de la tarea intelectual, fusione su experiencia con la de las masas. Es lo que faltó en el caso Padilla: la participación de las masas populares. Porque son ellas “las que deberían participar en la justeza de un procedimiento”. En este punto, la editorial se desplaza de su tema originario, el lugar del intelectual en la revolución latinoamericana, para abordar la problemática institucional de la democracia socialista. En sordina, la editorial lamenta que la Revolución Cubana no haya encontrado la forma política que evite su caída en el monolitismo ideológico y sus derivas inevitables: la resolución policial de los conflictos políticos. La excusa del caso Padilla, según la revista, permite mapear una necesaria reconsideración de la relación entre la dirección revolucionaria y las masas. Hay indicios en la propia dinámica revolucionaria cubana: “los comités de defensa de la revolución, las direcciones de fábricas, las amplias discusiones sobre algunas resoluciones fundamentales, la participación crítica en los sindicatos”. Es legible el planteo problemático de la democracia socialista y su ausencia. No obstante, como Padilla es un “malentendido” o un “anécdota”, la

⁴ Con recaudos es factible plegar a la editorial el certero artículo de Ángel Rama, “Una nueva política cultural cubana”, publicado en el mentado N° 49 de *Marcha*, que pone en perspectiva el caso Padilla y define como un error la nueva política cultura cubana, cuya lógica de las prioridades (construir la base material del socialismo unificando sin mayores matices al conjunto de las actividades del país) desemboca, casi irremediadamente, en un “arte” ideológico, exaltatorio, dictado por funcionarios.

cuestión no es la protección legal de un inculpado, que no debería ser chantajeado con una autocrítica que incluye la delación de sus colegas, sino el déficit institucional en el encuadre participativo del pueblo para la construcción de la sociedad socialista. Los intelectuales de la revista no quieren ser liberales ni stalinistas, tampoco pretender impugnar *in toto* la institucionalidad revolucionaria cubana; por lo tanto, recurren a la ilusión de las masas como subjetividad militante colectiva. La dificultad teórico-política mayor para la subjetividad militante en tanto etapa superior del intelectual comprometido proviene del carácter inasible del lugar político de la mediación.

Nuestro recorrido por las tres posiciones esbozadas se debe a que rozan el impensado medular de la época, que no es, como cree Casullo en *Las cuestiones*, la metafísica de la necesidad histórica ni la apología de las masas, sino el lugar propio de intensificación de lo político: la subjetividad del líder. Los intelectuales y militantes de la oficialidad cubana reprochan las veleidades críticas en nombre de la Revolución y de Fidel. La identificación del nombre propio y el poder revolucionario es total. Es lo que advirtieron tempranamente los primeros opositores del interior, como Carlos Franqui (1981, 2006), y es lo que se lee en los poemas de Padilla reunidos en *Fuera de juego*. Lo impensado, entonces, anida en la imposibilidad para la subjetividad militante de asumir la singularización soberana. De allí que las críticas imaginen mejoras institucionales, una dialéctica fructífera entre democracia y socialismo, pero soslayan –o elidan con vaporosas interpelaciones a las masas o a los pueblos– la pregunta política crucial: ¿quién es el soberano? En otros términos: ¿cómo instituir una democracia socialista alejada de la tradición soviética sin resolver la magnitud de un liderazgo incontestado, cuya voz es ley? Es el núcleo irresoluble de la subjetividad militante.

¿Quién es Fidel? Sartre, en un ensayo teórico sobre la Revolución Cubana (2008)⁵, empleando las categorías de la *Crítica de la razón dialéctica*, ensayó una respuesta: Fidel deviene pueblo, es el nombre del pueblo, es la soberana unidad contra la dispersión molecular. Fidel es el símbolo de la unidad nacional. La unificación se logra porque la acción fidelista se expande de modo espiralado. Se trata de la acción de un líder, que aúna sintetizando desde arriba, y la de un agitador, que agrupa, desde abajo, las demandas del pueblo. Ambas evitan el desgarramiento, la separación del pueblo y los dirigentes, y también la momificación institucional. Liderazgo y agitación: Fidel totaliza el derrotero de la revolución. La soberanía es totalización giratoria, un lente móvil, que requiere una constante actualización. Es Fidel deambulando por toda la isla, liderando y agitando. Allí radica la potencia soberana, no en la decisión, sino en la fusión con

⁵ Se trata de un texto que Sartre redactó tras la vuelta de su viaje a Cuba en marzo de 1960 y que permaneció inédito hasta 2008, cuando lo publicó *Les temps modernes* con el título “Ouragan sur le sucre II (Appendice9)”.

el pueblo. El otro, que es el mismo siendo otro. Soberanía encarnada, absoluta y autónoma, y no enajenante, porque, como en el *Contrato Social* de Rousseau, cada uno depuso su yo individual en beneficio del yo común: Fidel es la irrepresentable *voluntad general*. Sartre procura filosofar dialécticamente las relaciones políticas entre diversidad, unidad y mediación. Pero la reducción a la unidad entraña una división, entre quien totaliza y quienes son totalizados. Fidel, como encarnación no institucionalizada del pueblo, debe recrear una y otra vez la unidad. ¿Cómo? Sartre lo sabe: mediante un uso recursivo de la violencia. Claro que esa violencia es legítima porque es revolucionaria, y es revolucionaria porque la conduce y modera Fidel, cuya palabra es la revolución en acto. Y así al infinito. Sin embargo, el nombre de Fidel nos permite testear el vector que organizó el campo de lo político durante *el siglo corto: soberanía-sujeto-violencia*. La apelación a la Historia, a las masas revolucionarias, es posible dentro de ese campo y partir del funcionamiento de ese vector. Lo negado, Fidel, es el afuera que permite interiorizar la subjetividad militante. Es la substancia del sujeto revolucionario. Y es el sustrato de las agudas reflexiones filosóficas de León Rozitchner sobre la violencia, la soberanía y el sujeto: *Moral burguesa y revolución* (1961), *la izquierda sin sujeto* (1966), *Perón entre la sangre y el tiempo* (1998). Rozitchner advierte a la izquierda sobre su confianza en las leyes objetivas de la historia que marginan el rasgón subjetivo, deseante. La izquierda oficial sigue filosóficamente anclada en el siglo XIX, puesto que practica una política del sujeto ajena a la afectividad, nudo de la subjetividad militante. Rozitchner, en cambio –y en línea con la hipótesis de Badiou, que retoma Palti, alrededor del rasgo distintivo del Siglo–, desubstancializa la Historia y substancializa el sujeto. En suma: *el sujeto es núcleo de verdad histórica*. Sin embargo, el conjunto filosófico rozitchneriano cobra politicidad como efecto de una petición de principios: la voz de Fidel es tan verdadera como falsa la de Perón. De esta forma, a la subjetividad militante no sólo la habita, o, mejor, la asola, la racionalidad burguesa, “la permanencia de la estructura burguesa en el individuo revolucionario”, escribe Rozitchner en *La izquierda sin sujeto*, sino una voz, cuya palabra contornea el sentido de la acción, a condición de perpetuar su silencio, un trascendental vaciado (una metafísica operante), imprescindible para la moderna política revolucionaria, que incluye el acceso a la zona reprimida por la izquierda optimista: el nido de víboras del espacio subjetivo. Esa voz, gran Otro, no es la de Perón, quien astutamente logró ser el jefe de los enemigos de su clase, sino la del sujeto soberano, conductor de masas y núcleo de verdad histórica, que lidera la Revolución triunfante. El cuerpo sintiente, índice fenomenológico de verdad, solo puede politizarse con la escucha de una voz, que no es necesariamente encantadora de serpientes (el nido de víboras), sino mediación insustituible. De hecho, el artículo de Rozitchner a 40 años de la Revolución Cubana (1999), que retoma –para autocelebrarlas– sus hipótesis vertidas en *La izquierda sin sujeto*,

valora la diferencia entre Cuba y la URSS, una resistente y otra derrotada, en el modelo de hombre nuevo sostenido en la original fusión entre pueblo y liderazgo, es decir, una pluralidad de subjetividades sintientes y resilientes unidas por un verbo primigenio.

En suma, la subjetividad militante vive de forma aporética la emergencia medular de la modernidad política: la mediación representativa. La solución representativa para la dislocación de la relación entre trascendencia e inmanencia fue puesta en cuestión por la reflexión política a lo largo del pasado siglo en su intento de dar con *lo político* mismo. Pero, como refiere Palti (2018), tal intento sólo pudo producirse bajo la forma de la tragedia: lo indecible, el abismo, la abnegación del sentido. En América latina, la subjetividad militante, en su esfuerzo por dar con *lo político*, exaltó las figuras de *Fidel* y el *Che* sin admitir el nuevo lugar – de Fidel, no del Che– ocupado en la cúspide del poder del Estado revolucionario. Admitirlo hubiese exigido indagar las razones de la reaparición de la figura de la representación, que, a su vez, el propio liderazgo negaba al concebirse como totalidad no mediada. De este modo, la condensación de la Revolución en la subjetividad mayéutica de Fidel permaneció, debía permanecer, como impensada. La aporía constitutiva de un régimen político y un liderazgo representativo que negaba su carácter de tal.

El impensado medular, catalizador de la potencia revolucionaria, cumplía una función estratégica: develar el nacimiento glorioso de la subjetividad militante. Un cuento de Calvert Casey, *El centinela en el Cristo*, capta el momento iniciático. El enfoque narrativo y la simbología remite a *Los Doce* de Block. Dos amigos flanean por La Habana apenas triunfada la Revolución y deciden escalar el Cristo que se erige en Casa Blanca, del otro lado del puerto habanero. Próximo al Cristo se encuentra la fortaleza de la Cabaña, cuyo comandante es el *Che*. Ellos lo saben y se aproximan, inquietos. Antes de llegar descubren a un joven miliciano, criatura de la revolución que trae la buena nueva:

La verdadera revelación vino lentamente, al calor de la conversación sencilla y amistosa, que giraba como jugando sobre el Sol de la Sierra, el calor de la llanura y los episodios de la guerra en que había intervenido, a los que restaba toda importancia, y que después se hizo seria hasta llegar a los objetivos de la Revolución, de los que tenía un concepto clarísimo, y a la distribución de la tierra, patrimonio de todos los que la trabajen, de la que hablaba con gran intensidad. Este hombre utilizaba una lengua desconocida (Casey, 2020).

Es una escena solar, crucial en los albores de la Revolución, que Lezama Lima conservó en su elegía al Che tras su muerte en la selva boliviana: “de él se esperaban todas las saetas de la posibilidad y ahora se esperan todos los

prodigios en la ensoñación”. Sin embargo, en un pasaje de *Cobra*, de Severo Sarduy, leemos: “como a toda revolución, sucedió a ésta un régimen de sinapismos draconianos” (Sarduy, 1972, 33). Y el propio Lezama Lima interpretó el derrotero de la Revolución Cubana como “la gran prueba definitiva, la que nos llevó a vivir en tierra aliena, en el mundo desconocido de la dispersión y la secreta vida heroica” (Lezama, 1998, 326)

El lapso entre el cuento de Casey y las frases de Sarduy y Lezama puede comprenderse a condición de renunciar a inscribirlo en el inexorable ciclo de la utopía al desencanto –con sus correlatos admonitorios: “traición”, “desvío”, o justificatorios: el realismo político resultante de la situación bélica y su lenguaje atiborrado de “cercos”, “bloqueos”, “fortalezas sitiadas”, “obediencia”, “disciplina” –, puesto que la cuestión a pensar, diría la única cuestión que politiza el pensamiento, es, en este caso, el *marxismo latinoamericano*, y “latinoamericanista”, devenido *poder de Estado*. Pensar las razones esgrimidas y la afectividad que sostiene un conjunto de principios, no solo la obviedad de que el boquete que la Revolución le hizo a la dominación capitalista descubrió un borde, allende el reino de la mercancía, tan, o aún más, atroz, sino la convergencia de sentidos políticos en la Revolución convertida en Régimen de la revolución. Y esa transformación, antes que cualquier otra –sobre todo la que amamos imaginar: la reserva moral antiimperialista–, constituye la singularidad de la Revolución Cubana.

Conclusión: gubernamentalidad y Revolución

Las prácticas de gobierno –la mentada gubernamentalidad– en la Cuba revolucionaria parecieron alejar a la isla de su enraizamiento latinoamericano para aproximarla a las lógicas gubernamentales de los países del “socialismo real”. En este sentido, la modernización como sovietización contraría la modernidad barroca (Bolívar Echeverría, 1998), con sus lógicas abigarradas, transculturales y transtemporales, nodo de la *expresión americana*; pero no se trataría meramente de una derrota a manos de un nuevo embate de modernidades exógenas, puesto que es factible hallar una proximidad, entre Cuba y la Rusia soviética, en el persistente nacionalismo territorial (Rojas, 2013), fuertemente telúrico y aparentemente paradójico debido a la insularidad del país, de las elites políticas y culturales de la isla, cuyo emblema, José Martí, escribió un poema de título elocuente: *Odio el mar. Ganar la tierra es perder el mar*, escribió Carl Schmitt en *Tierra y mar* (2019). La Revolución fue toma y reparto de tierras y crítica rigurosa de la playa, de los balnearios, blasones del hedonismo decadentista. De allí su reverso: la literatura de Reynaldo Arenas como festejo de la playa, utopía sensual, idilio marino. El mar como huida. El mar como territorio de los exilios (De la Nuez,

2017). ¿O no fue “fundada” la ciudad del exilio en una playa? A su vez, Rojas consigna, que Lezama Lima “enfrentó el dilema de la pertenencia de Cuba a una cultura de litoral o de tierra firme” (Rojas, 2013, 187). Bajo el socialismo, continúa Rojas, el mar fue una posesión más de un Estado concentrado en los tópicos del nacionalismo: la tierra y la sangre. El conocido poema de Nicolás Guillen *Tengo*, convertido en eje propagandístico del poder revolucionario, dice unos versos, “tengo que como tengo la tierra tengo el mar, / no country / no jailáif / no tenis y no yacht, / sino de playa en playa y ola en ola, / gigante azul abierto democrático: en fin, el mar”. Concluye Rojas: “como pocos en la historia intelectual cubana, este último verso pasó al lenguaje popular, no como metáfora del mar sino del largo etcétera de la retórica revolucionaria. *En fin, el mar* se convirtió en una expresión de hastío y redundancia, en la que lo marino representaba la monotonía del orden social” (Rojas, 2013, 196).

Así las cosas, y para ir de la poesía a la prosa, los crujidos y fisuras en el conjunto del cuerpo social, que suscitan los procesos revolucionarios, exigen, urgente, una vertebración: el Partido, el líder, la burocracia, la planificación. En el 2° Congreso del PCC, en 1980, Fidel aseveró que *la demanda de orden jamás debería descuidarse en una revolución*. La soviétización es, entonces, modelo general, principio de estructuración y reproducción social (de las elites, cuadros, actores institucionalizados y masas laboriosas), estabilidad política, crecimiento económico y previsibilidad social. Un modo de terminar con la Revolución resguardando el vendaval revolucionario en la lengua flamígera del Líder. Ante esa forma efectiva, vigente en Cuba, en sus trazos gruesos, desde 1976, de institucionalización de la sociedad surgida de la Revolución, las múltiples heterodoxias de las izquierdas, desde el marxismo dialéctico a la deconstrucción, desde el leninismo-trotskismo a los autonomismos, desde la izquierda lacaniana al populismo *hipster*, desde los enfoque rizomáticos al materialismo aleatorio, desde, en fin, las más diversas “vanguardias” estéticas o filosóficas, no fueron ni son capaces de fungir alternativas consistentes. La *gubernamentalidad* soviética fue la sola variante al mentado régimen social capitalista. Ciertamente que, cuando se defendía y defiende a Cuba, evocamos el antimperialismo y omitimos los engranajes de la máquina gubernativa, pero ¿cómo escindir a una de la otra?

La subjetividad militante no fue corroída solamente, como bien recuerdo Palti, por la disolución de *lo político*: la imposibilidad de mediar entre la trascendencia y la inmanencia, los bordes difusos entre el adentro y el afuera, la dislocación de todo horizonte de transformación; una política sin sujeto histórico fuerte, sin posibilidad de plasmar una agencialidad subjetiva de la historia, arrasó con los enunciados de la subjetividad militante. Pero, además, la consolidación de la gubernamentalidad soviética en Cuba marcó el otro lado del final. Entiendo por gubernamentalidad soviética –más allá del debate sobre el totalitarismo (Traverso, 2001; Schögel,

2012; Fitpatrick, 2016)– un principio de gobierno oikónómico –*un gobierno filosófico de la oikonomía* (Agamben, 2009; Groys, 2015)– congruente con la tendencia despolitizadora de la modernidad. El laboratorio soviético no fue solo el de las *utopías* y el del *totalitarismo*, sino el del asentamiento de un modo de gobierno, aunque en este caso finalmente fallido, que se ocupa de mejorar la vida de la población prescindiendo del rasgo político de la existencia y de las esferas que permite actualizar su potencia. En Cuba –tal la singularidad cubana– el rasgo se dio a través de la máxima intensificación de la subjetividad militante, que, una vez plegada al cuerpo del líder, se estabilizó como orden doméstico despolitizante.

En fin, si el pensamiento crítico es un escozor, y puesto que su inquietud no se despierta solo ante la fuerza barbárica del capital, no debería detenerse frente al *homo sovieticus cubanus*, como desemboque posible del humanismo, no el burgués sino el socialista-guevarista. La perspectiva crítica –su obstinación primordial: el engarce entre crítica y emancipación–, la constitución de un lenguaje resistente al capitalismo semiótico y algorítmico, deja impensado el régimen de la revolución, cuyo efecto, no por tardío menos pregnante, lo observamos en las dificultades, que arrasan nuestro presente, para concebir una economía no neoliberal y una arquitectura estatal-democrática coherente con sus principios fundantes.

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2009). *El reino y la gloria*. Adriana Hidalgo. Buenos Aires.
- Badiou, A. (2005). *El Siglo*. Manantial. Buenos Aires.
- Casey, C. (2020). “El centinela de Cristo”, *Memorias de una isla*. Red ediciones S.L, ebook.
- Casullo, N. (2007). *Las cuestiones*. FCE. Buenos Aires.
- De la Nuez, I. (2001). *El mapa de sal. Un poscomunista en el paisaje global*. Mondadori. Madrid.
- Echeverría, B. (1998). *La modernidad de lo barroco*. Era. México.
- Edwards, J. (1975). *Persona non grata*. Grijalbo. Barcelona.
- Fernández Retamar, R. (2000). *Todo Calibán*. Ayacucho. Caracas.
- Fitpatrick, S. (2016). *El equipo de Stalin*. Crítica. Barcelona.
- Franqui, C. (1981). *Retrato de familia con Fidel*. Seix Barral. Barcelona.
- Franqui, C. (2006). *Cuba, la revolución ¿mito o realidad?* Océano. México.
- Fronet, J. (2013). *El 71. Anatomía de una crisis*. Letras cubanas. La Habana.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fúsil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Groys, B. (2015). *La posdata comunista*. Cruce. Buenos Aires.

- Hilb, C. (2010). *Silencio, Cuba. La izquierda democrática frente al régimen de la Revolución Cubana*. Edhasa. Buenos Aires.
- Lezama, J (1998). *Cartas a Eloísa y otra correspondencia*. Verbum. Madrid.
- Martínez Estrada, E. (1965). *Mi experiencia cubana*. El siglo ilustrado. Montevideo.
- Merleau-Ponty, M. (1947). *Humanisme et terreur*. Gallimard. París.
- Padilla, H. (1968). *Fuera de juego*. Aditor. Buenos Aires.
- Padilla, H. (1989). *La mala memoria*. Plaza & Janes. Barcelona.
- Palti, E. (2018). *Una arqueología de lo político*. FCE. Buenos Aires.
- Revueltas, J. (2014). *Los errores*. Era. México.
- Rojas, R. (2006). *Tumbas sin sosiego. Revolución, exilio y disidencia del intelectual cubano*. Anagrama. Barcelona.
- Rojas, R. (2013). *La vanguardia peregrina. El escritor cubano, la tradición y el exilio*. FCE. México.
- Rozitchner, L. (1961). *Moral burguesa y revolución*. Tiempo contemporáneo. Buenos Aires.
- Rozitchner, L. (1966). "La izquierda sin sujeto" en *Escritos políticos* (2012). Ed. B&B. Buenos Aires.
- Rozitchner, L. (1998). *Perón entre la sangre y el tiempo*. Catálogos. Buenos Aires.
- Rozitchner, L. (1999). "Los cuarenta años de Cuba y el hombre nuevo" en *El ojo mocho N° 14*.
- Sarduy, S. (1972). *Cobra*. Sudamericana. Buenos Aires.
- Sartre, JP. (1960). *Critique de la raison dialectique*. Gallimard. París.
- Sartre, JP. (2008). "Ouragan sur le sucre II" en *Les temps modernes* N° 649.
- Schmitt, C. (2019). *Tierra y mar*. Trotta. Madrid.
- Schögel, K. (2012). *Terror y utopía. Moscú 1937*. Acantilado. Barcelona.
- Traverso, E. (2001). *El totalitarismo*. Eudeba. Buenos Aires.
- Walsh, R. (1969). *Crónicas de Cuba (antología)*. Jorge Alvarez. Buenos Aires.
- Walsh, R. (1970). "Reportaje de Ricardo Piglia a R.W" en *Cuentos completos* (2013). De la Flor. Buenos Aires. pp. 507-516.